

elegidos de Júpiter, sustraídos á la suerte común de los mortales, gozan de la felicidad eterna. »

Ya hayan tenido estas ficciones por base una alegoría moral, ya la oscura relación de algun navegante descarriado, hayan nacido en Grecia ó en el Oriente, y especialmente en Fenicia, como podría hacerlo presumir la etimología hebrea de la palabra Cimerios (1), siempre será cierto que las grandes imágenes que presentan, trasferidas poco á propósito al mundo real, aplicadas sucesivamente á diversos países, y enmarañadas con explicaciones contradictorias, embarazaron extrañamente por muchos siglos la geografía y la historia. Los Fenicios del tiempo de Homero, que habian fundado á Gádes en las riberas del Océano, y que sacaban el ámbar amarillo de los países del Septentrion de la Europa, se guardaban muy bien de disipar preocupaciones tan oportunas para hacer admirables sus descubrimientos y levantar el precio de las mercancías; sus pomposas mentiras habian pasado, por el contrario, como proverbios aun entre los Griegos. El Occidente quedó, pues, como un país fabuloso, mas de dos siglos despues de Homero, la aventurada correría de Cólcos desde Sámos proporcionó alguna noción acerca de los Tirrenos y de los Ligios (Ligures), como asimismo acerca de Tartesso, la California de aquellos tiempos. Esperóse entónces por lo tanto haber descubierto la situación precisa de las islas encantadas de Circe y del reino flotante de Eolo; se ha visto, en fin, se decía, esa terrible embocadura del Océano; nadie queria volverse de las cercanías del Eliso sin haber visitado los pueblos bendecidos por el Cielo, de alta estatura, adornados de todas las virtudes, y que en aquellas felices comarcas occidentales veían alargarse sus dias á mas de mil años; « el néctar de las flores era su alimento y el rocío de los cielos su bebida. » Estos Macrobios ú hombres de larga vida fueron despues transplantados bajo todos los climas, conforme lo pedia la imaginación de los escritores; se multiplicaban las fábulas; al Eliso de Homero sucedieron muchos islas afortunadas, y aunque brotadas de las cabezas de los poetas, se sostuvieron victoriosamente en la historia de la geografía. Los viajeros romanos, en un siglo mas ilustrado, creyeron tambien reconocerlas en un grupo de islas al occidente del África, llamadas hoy Canarias; y á pesar de que estos observadores hubieran buscado en vano las delicias que la tradición las atribuía, con todo, esta fabula, acrecentada con las ficciones filosóficas de Teopompo y de Platon sobre la Atlántida y la Merópide, se perpetuó hasta nuestros dias, y sirve aun de tema á tal cual vision histórica.

El ruido que metieron estas Islas Afortunadas, indujo á la mayor parte de los escritores á poner inmediatos á tan bienaventurado clima

(1) *Kimeriré*, tinieblas densas. *Job*. III, 5.

á los Hiperbóreos, pueblo portentoso á quien por unánime consentimiento se hace habitar al Norte de los montes Rifeos, mansion ordinaria del viento bóreas, tan temido por los Griegos; y segun una mal entendida física, se creía que semejante posición los ponía á cubierto del hábito glacial de los vientos del Norte; que tal es precisamente el significado de su nombre. Pero estos montes Rifeos, llamados Ripos por autores mas antiguos, no eran sino un agregado imaginario de objetos reales en sí mismos. Los montes de Tracia en que tiene su nacimiento el Estrimon, los sitios en que nace el Danubio, los Alpes, los Pirineos, los montes Hercinios, en una palabra, todas las montañas que se conocieron sucesivamente en Europa, hasta el Cáucaso y el mismo Monte Táuro, en Asia, fueron confundidos bajo esta denominación general que no parece ser mas que un término apelativo de todo género de montañas, tomado de algun idioma gótico ó eslavo (1). Cuando se empezaron á conocer los Pirineos, y mas adelante los Alpes, se debió confinar hácia la Escitia á los montes Rifeos y toda su fabulosa comitiva. Parece que Herodoto buscó á los Hiperbóreos, y se duele bastante de no haber podido descubrir el menor vestigio de ellos; y habria preguntado de muy buena gana por ellos á sus vecinos los Arimasas, gente que por tener un ojo solo veía las cosas muy bien, si hubiera encontrado quien hubiese sabido indicar tan siquiera dónde habitaban.

Se aprende de este historiador que los primeros indicios de tales pueblos milagrosos los debemos á Hesiodo; y un escoliasta le atribuye las primeras narraciones sobre los Grifones, los cuales custodiaban poco lejos de los Hiperbóreos y de los Arimasas los metales preciosos de los montes Rifeos. Las relaciones de Hesiodo no existen ya; pero los autores mas cercanos al siglo colocan á los Hiperbóreos, no al Septentrion, sino al Occidente. En efecto, precisamente hácia las fuentes del Istro, dirige Píndaro los pasos errantes de Hércules y de Perseo cuando fueron á visitar aquellos pueblos, que predilectos de Apolo, y coronados de laurel, pasaban su vida en danzas y banquetes, exentos de enfermedades y de vejez. De allí, dice él, recibió la Grecia el primer olivo: lo cual se aviene mejor á las regiones próximas á la extremidad occidental de los montes Rifeos que á la Escitia. De aquí es que las islas encantadas en que custodiaban las Hespérides sus manzanas de oro, y situadas por toda la antigüedad al Occidente no lejos de las Islas Afortunadas, son llamadas Hiperbóreas por autores versadísimos en las antiguas tradiciones. En semejante sentido habla Sófocles del jardín de Febo, rayando con la bóveda celeste, y no lejano del nacimiento de la Noche; es decir, del ocaso del sol.

(1) *Riff* en danes, escollo, peña. En dialecto slavo de la Carniola *hripot* quiere decir montaña. De la misma raíz podrían ser las palabras italianas *rupe*, *ripa*, *ripido*.

Tantas espléndidas maravillas, acumuladas en la parte occidental del mundo primitivo de los Griegos, hicieron desaparecer á los Cimerios y á sus eternas tinieblas. Á medida que las relaciones de los viajeros esclarecían el Occidente, se vió á los geógrafos y á los historiadores empujar á los Cimerios hácia el Norte; y como se hallaron en el Asia Menor y en la Germania dos pueblos de un nombre casi semejante, los antiguos procuraron combinar lo poco que supieron de las belicosas correrías de aquellas naciones con las antiguas descripciones poéticas: de todo lo cual resulta tal masa de contradicciones y oscuridad, que se podría sostener todo aquello que se quisiese acerca del origen, las emigraciones y la extinción de los Cimerios ó Cimbrios, cuando se pretendiese, á ejemplo de los antiguos, considerarlos como un mismo pueblo. Pero no es este el único enigma geográfico nacido de las fábulas de las antiguas tradiciones. Los Hiperbóreos fueron tambien arrojados sin piedad de sus huertos hespérides por viajeros y geógrafos mejor informados. Cuando los nombres históricos de los Iberos y Celtas hubieron llenado la parte occidental de Europa, se asignó á los Hiperbóreos una isla extraordinariamente fértil situada en el Océano enfrente de la Céltica, isla que corresponde sobre poco mas ó ménos, á la Gran Bretaña. Aquí no hubo ya laureles ni olivos, pero quedaron todavía dos cosechas al año. Siempre amados de Apolo, conservaban aun el privilegio de ver la luna « mas de cerca que en cualquier otro lugar de la tierra. » Pero llegando á hacerse tambien la isla de Albion demasiado conocida, los geógrafos, como Plinio y Pomponio Mela, trasportaron á los Hiperbóreos á sus extremidades septentrionales. Su país era el mas templado y placentero, bien que las noches y los dias de á seis meses indicasen hallarse situado al polo: de todos modos, ellos vivían siempre en el seno de la paz, de la inocencia y de todas las virtudes, sin saber qué cosa fuesen guerra y enfermedades: únicamente se hallaban sujetos á fastidiarse de cuando en cuando por exceso de felicidad: entónces, despues de un banquete, coronados de flores, se daban la muerte precipitándose al mar desde lo alto de una roca.

En un autor fiel á las antiguas tradiciones, la dulce temperatura de que disfrutaban los Hiperbóreos se explica por la momentánea proximidad del sol cuando, segun las ideas de Homero, pasa de noche por el Océano septentrional á fin de volver á su palacio de Oriente. Esta tradición histórica no desagradó al mas filósofo de los historiadores romanos. Tácito refiere con toda ingenuidad, que á la extremidad de la Germania creía uno oír el estrépito del carro del sol al sumergirse en el mar; se distinguían los rayos de su semblante, y hasta se veía aparecer á los otros dioses; despues añade: « Yo estoy por creer que así como en el Oriente hace el sol nacer los bálsamos y el

incienso, su mayor proximidad á las regiones en donde traspone ha de hacer traspasar en ellas los jugos mas preciosos de la tierra para formar el ámbar. » Los poetas lo habian dicho mucho tiempo antes y lo indicaba ya la bella alegoría de las lágrimas de oro derramadas por Apolo cuando fué á llorar entre los Hiperbóreos la muerte de su hijo Esculapio, ó de las hermanas de Faetonte convertidas en álamos; y lo indica el mismo nombre, puesto que *elektron*, ámbar amarillo ó sucino, significa piedra del sol. Largo tiempo antes de Tácito, habian dicho los Griegos doctos que esta preciosa materia era una exhalación de la tierra, producida y endurecida por la fuerza de los rayos solares, mas eficaces segun ellos en el Occidente ó en el Norte. Todo este sistema está evidentemente tomado del sistema cosmográfico de Homero, y vale ciertamente tanto como las otras explicaciones, ménos maravillosas en verdad, pero no ménos falsas, que muchos geógrafos é historiadores antiguos procuraron dar de esta producción natural; explicaciones que fueron tantas cuantas sus opiniones acerca del Río Eridano, en cuyas márgenes se encuentra el ámbar sucino.

En las primeras tradiciones recogidas por Hesiodo, se pone el Eridano en los vagos y oscuros espacios que ocupan todo el Nordeste del mapamundi de aquel siglo, y la idea de este Eridano fabuloso, que iba á desembocar en el Océano atravesando aquel país que despues se llamó Céltica, subsistió por toda la antigüedad. No obstante, aquel Griego, que presumia hallarse mas enterado de las cosas, aplicó sucesivamente este nombre al Pó, al Ródano y al Rhin, y aun á veces reunió estos tres rios; lo cual debe parecernos absurdo miéntras no se éntre en su sistema. Cuando los viajeros enviados por Neron hubieron dado á conocer sobre poco mas ó ménos la patria del ámbar amarillo, ya adivinada, bien que oscuramente, en los tiempos de Augusto, el nombre de Eridano quedó como una memoria de los siglos poéticos y fabulosos; y el Pó obtuvo en herencia este vano título; pero los eruditos modernos persistieron en querer volver á hallar hasta en Rusia el antiguo Eridano de Hesiodo. Hubiesen buscado á lo ménos algun fragmento del carro de Faetonte, ó imitado mas bien la prudente desconfianza de Herodoto que ponía ya en duda la existencia de aquel río y de las cosas admirables de que se habian engalanado sus orillas.

Ahora, veamos rápidamente los primeros conocimientos de los Griegos acerca del Asia. Homero describe exactamente el teatro de la guerra entre Griegos y Troyanos. La ciudad de Ilion, situada con su ciudadela Pérgamo sobre una de las cumbres inferiores del Monte Ida, dominando una hermosa llanura bañada por el Simois, que brotaba de en medio del Ida mismo, y por el Escamandro ó Xanto, que se originaba bajo los muros de la ciudad de dos manantiales, frio el uno y caliente el otro; los

repentinos cambios de estos ríos en su curso hacia el mar, cambios que ya antes del siglo de Estrabon los habían hecho confundir uno con otro; el reino de Troya con sus nueve provincias, entre las cuales se comprenden los países habitados por los Licios, Dárdanos, Léleges y Cilicios, vasallos de Priamo; todos estos objetos juntos dieron asunto á largas y doctas investigaciones sobre el terreno. Los Dárdanos habitaron las riberas del Helesponto, que parece comprender, según Homero, la Propóntide y el Bósforo. El Ponto Euxino no es, sin embargo, nombrado por él; pero conocía á lo largo de las costas de aquel mar á los Caucones, los Paflagones, entre los cuales, los Enetos, reputados progenitores de los Venetos, formaban la tribu principal; y los Alizones, probablemente próximos al Río Halix, el país de los cuales, rico de minas, se llamaba Alibi, nombre en que cree ver Estrabon indicados á los Calibas, tenidos por algunos por los antepasados de los Caldeos.

Aproximándose á la extremidad del Mar Negro, la geografía homérica toma de nuevo el carácter de fábula. Las Amazonas, asunto de tantas opiniones diversas, pertenecen todavía por mitad á la historia; pero la Cólquide, el reino del sabio Aetes, no se muestra á Homero sino en una lejanía vaga y anublada de fábulas; no es más que un país encantado lleno de monstruos y de portentos: allí coloca el palacio del sol y el teatro de los amores de aquel númeron con Persa, una de las numerosas hijas del Océano, cuyo nombre recuerda un pueblo célebre; y como otros poetas conocen igualmente aquel palacio solar en la capital de Aetes junto á las orillas del Océano, todas estas circunstancias puestas junto á la pretendida navegacion de los Argonautas sobre el Fásis en el Océano oriental, demuestran suficientemente que Homero tenía en general las mismas ideas que los poetas autores de las Argonauticas, y que en su sistema y en el de los primeros Griegos, el Océano bañaba los bordes orientales del mundo no lejos de la Cólquide. Con todo, el lago del Sol, de que habla Homero, pudiera ser una oscura alusion al Mar Caspio.

Yendo de Troya hacia el Mediodía, los conocimientos del poeta toman mayor extension; conoce el Hermo, el Meandro y los demás ríos principales que bañan la parte occidental del Asia Menor. El nombre de Asia parece dado por Homero solamente á un pequeño trozo de terreno á las orillas del Caistro. Allí hacen vivir las tradiciones de los Griegos y de los Asiáticos á los personajes histórico-alegóricos á quienes atribuyen el origen del nombre de Asia: allí se encuentra aun en tiempos posteriores una nacion llamada de los Asiones: en fin, todo concurre á hacer creer que el nombre de aquel delicioso distrito, uno de los primeramente habitados por los Jonios, haya venido á ser por una sucesiva aplicacion más extensa el de una vasta parte del mundo. Homero no

podía hablar en sus obras de la estable mansion de los Jonios y de las demás colonias griegas de Asia, habiendo acaecido su trasmigracion solo poco antes de la época de su supuesta vida. Contrayéndose á la de la guerra de Troya, nos muestra los Pelasgos y los Meonios como las naciones principales del Asia Occidental: más al Sudoeste estaban los Carios, antes fundadores de la antigua Mileto, ciudad que, reedificada por los Jonios, fué la primera sede de la navegacion y del comercio de los Griegos. Los Licios y los Solimas habitaron la costa meridional al pié del Monte Táuro: la llanura Alea de Homero ha sido hallada por los geógrafos griegos en Cilicia; pero no puede darse por segura semejante explicacion: el centro del Asia Menor estaba ocupado por los Frigios, nacion numerosa, cuyo territorio se extendía por entónces hasta las playas del Helesponto.

Fuera del Asia Menor, y aun apenas traspuesto el Cabo Calidonio, vuelve á hacerse incierta la primitiva geografía de los Griegos. Parece que los Arimas sean los Arameos ó Sirios; ¿pero habla Homero de los de la Siria ó de los de la Cilicia? Los rastros de las erupciones volcánicas á las cuales alude la fábula de Tifon, han sido buscados, por unos en Judea en los contornos del Mar Muerto, por otros en el centro del Asia Menor en el país llamado Catakecaumeno, esto es, el quemado. Méenos dudosas son las relaciones de los Griegos con los Fenicios, cuya ciudad principal era entónces Sidon. Sus estofas teñidas en púrpura y sus manufacturas de oro y cobre, la ciencia naval, la avidez y las astucias de los mismos, suministran á Homero muchos de aquellos rasgos morales con que tiene gusto en variar sus pinturas.

La antiquísima reputacion del Egipto había llegado á oídos de Homero, que elogia bastante á menudo la ciencia médica de los Egipcios, hijos de Esculapio. Atribúyeles hasta la preciosa habilidad de curar los males de ánimo por medio de un jugo llamado nepente, que es como si dijéramos quitacidados, probablemente el opio. Homero sabe también nombrar á Tébas la de las cien puertas, cuya antiquísima gloria había traspasado el Mediterráneo; pero no conoce el Nilo más que bajo el nombre del Río Egipto. Á una jornada de distancia por mar de una de las bocas de este río, conocía el poeta el puerto y la isla de Faro, separados entónces del continente por un canal de siete estadios. Las focas salían á retozar sobre aquella playa desierta en que se alzó después la rica Alejandría. Por una mala inteligencia del vocablo *Aegyptus*, algunos geógrafos modernos pretendieron probar con aquellos pasajes de Homero, que el Delta se hallaba en su tiempo todavía cubierto por el mar. Sobre errores de semejante especie está basada casi toda la erudicion de los geólogos.

Desde el Egipto á la extremidad del Mediter-

ráneo no debía mediar una gran distancia en el mapamundi de Homero, pues que en tiempos con mucho posteriores, asegura el autor de un libro atribuido á Aristóteles, que el Mediterráneo formaba, inmediatamente después de las columnas, el golfo Sirtico. Esta pequeña porcion de África es conocida por Homero bajo el nombre de Libia, « país en que los corderos nacen con cuernos, y las ovejas hacen tres crias al año. » Esta descripción se halla confirmada por otras autoridades. Homero conoce también el uso que los Africanos hacen del fruto del loto, y conduce al errante Ulises á una isla habitada por Lotófagos, que los geógrafos pretendieron fuese la de Cérbos, junto á la pequeña Sirte. Un viaje á aquellas costas tan próximas á la Grecia era reputado en tiempo de Homero una empresa heroica. Menelao empleó ocho años en visitar la isla de Chipre, la Fenicia, el Egipto y la Libia, y solo los piratas, á riesgo de la vida, iban desde la isla de Creta hasta el Egipto en vía recta. ¿Dirá quizá alguno que el poeta se divirtió en exagerar la ignorancia de sus compatriotas? No; porque á los Tereos, dos siglos después, habiendo sido encargados por un oráculo de fundar á Cirene, les costó sumo trabajo hallar la direccion para llegar á Libia. El Egipto permaneció como un país fabuloso y lleno de maravillas hasta el siglo de Herodoto.

Cuanto menor es el número de los conocimientos positivos de una época, tanto más arduos son los sistemas que esta se crea. Los Griegos de los tiempos de Homero atestaban el Oriente y el Mediodía de su mapamundi con la aplicacion de tradiciones oscuras y con fábulas que excitasen la curiosidad, en aquellos mismos términos que los hemos visto atestar el Norte y el Occidente, desde el punto de la supuesta comunicacion, que dejamos indicada, del Fásis con el Océano, hasta el otro ingreso occidental del propio mar. Homero coloca á los Etiopes sobre los límites del disco terrestre, « los últimos de sus habitantes, divididos en dos partes, la una hacia el saliente del sol, la otra hacia su ocaso. » Entre estos Etiopes se hallaban los Pigmeos, esparcidos igualmente todos en derredor del borde meridional de la tierra. Los Erembos, cercanos á los Fenicios y á los Egipcios, parece que debían ser los Árabes, cuyo nombre oriental se escribe *Ereb*. Los autores que escribieron después de Homero comprendieron sucesivamente bajo la denominacion general de Etiopes á los Cefenos, esto es, Persas, á los Bactrianos, los Indios y todos los pueblos, en fin, que se iban descubriendo á Levante y á Mediodía. Herodoto mismo habla también de los Etiopes de Asia, y se cree que dió este nombre á los de la Colquide. En conclusion, estas ideas vagas de los Griegos primitivos acerca de los pueblos de color oscuro, mirados todos como una sola nacion, no fueron nunca enteramente olvidadas por las generaciones siguientes. Pero la geografía fabulosa del Oriente y del Mediodía no salió á la palestra sino dos ó tres siglos después

de Homero, y fué debida más á las codiciosas esperanzas de los negociantes que á las desinteresadas invenciones de los poetas. La India con sus hormigas que buscaban tesoros, y con sus fuentes de oro, la Sabea con sus palacios resplandecientes de aquel metal, de marfil y de piedras preciosas, fueron imaginadas, no ya por los secuaces de Apolo, sino por los adoradores de Pluto. No parece que las caravanas griegas del tiempo de Homero tuvieran acceso al interior del Asia.

Solo la geografía homérica puede hacer inteligibles las tradiciones medio históricas, medio fabulosas, acerca de la primera navegacion larga de los Griegos, esto es, del viaje de los Argonautas. Estos navegantes, que no podían volver á entrar en el Mar Negro con el vellocino de oro por el Fásis, á causa de las tropas de Cólcos, efectuaron su retorno á Grecia por mar. La tradicion más antigua y conforme con el sistema pomérico hace llegar á Jason y sus compañeros por el Fásis al Océano oriental, dar desde allí la vuelta al país de los Etiopes, y como probablemente no había Golfo Árábigo en el mapamundi de aquellos tiempos, dichos héroes atravesaron la Libia por tierra, arrastrando consigo su nave, y llegaron después de un pasaje de doce días á las playas del Golfo Sirtico y del Mar Mediterráneo. ¡Tan fácil cosa era atravesar el África en aquel bello siglo de las fábulas! Un poco más tarde Hecateo de Mileto, habiendo oído ó creído oír de boca de los sacerdotes egipcios, que el Nilo venía del Océano, hizo suceder la vuelta de los Argonautas por aquel sitio, en apariencia más conforme á la razon. No hubo quien pensase en hacerlos volver por el Golfo Árábigo, y esto porque los primeros Griegos que tuvieron alguna idea de él, lo tomaron por un lago cerrado por todas partes. Algun poeta ó algun historiador más moderno, queriendo combinar estas tradiciones con los descubrimientos de su siglo, conduce á los Argonautas por la laguna Meótis y por el Tanáis al Océano septentrional, y desde allí al rededor de los supuestos límites del mundo por las regiones de los Hiperbóreos y de los Cimerios, hasta el Estrecho de Hércules, por el cual entraban en el Mediterráneo y arribaban á la isla Esqueria. Tal es el camino imaginado por el falso Orfeo, que ya habla de la isla Yérnes, que es nuestra Irlanda, de los Alpes y del promontorio Sacro, como la punta occidental de Europa; nociones tomadas sin duda de los Focenses, y que prueban que aquel autor no ha sido anterior á Herodoto. Finalmente, cuando los navegantes de Mileto y de Atenas se hubieron cerciorado de que no existía la supuesta comunicacion entre la laguna Meótis y el Océano, se creyó que los Argonautas subieron por el Istro ó el Danubio, que también, según la opinion de los concedores, se dividía en dos brazos, uno de los cuales desaguaba en el Ponto Euxino y el otro en el Adriático. Este río de doble curso sirve á Apolonio de Ródas para conducir á la patria á

los héroes de la Grecia, á despecho de la geografa y de la escuadra de los de Cólcos que bloqueaba el Bósforo. La hipótesis es lo que recomendamos á los estudiosos.

Ejemplo patente del lento progreso de los conocimientos geográficos, y prueba de la influencia del sistema semifabuloso en que bebió Homero. Si los Griegos no hubiesen imaginado ser la tierra un disco redondo bañado por el Rio

Océano, dividido en dos por el Fásis y por el Estrecho de Hércules, ¿cómo habrían podido inventar jamás los poetas de las Argonáuticas las diversas vías por donde conducen á sus héroes? Pero todo encuentra explicación en admitiendo que la cosmografía imaginaria de Homero fué la de su siglo, y aun, con alguna modificación, la de muchas generaciones posteriores.

NÚM. III

SAFO Y LAS LITERATAS GRIEGAS.

La mujer participa, no hay duda, de todo lo que es propiedad esencial de la humanidad; pero participa de ello en forma enteramente suya. Ningun don intelectual le fué negado; pero algunos, mas en armonía con todo su tipo ideal, parecen predominar en ella. Mientras el hombre, que en su eterna inclinación á abstraer reduciría de buena gana todas las cosas á un sistema de categorías, va despojando sin descanso lo ideal de su forma concreta, para penetrar hasta la esencia del verbo inteligible, la eterna compañera del hombre y su mitad, toma sin cesar de sus manos este ideal mismo, no ya cual era un tiempo, sino elevado, purificado, engrandecido, y lo obliga á refluir de nuevo en el mundo sensible. El hombre elabora la idea; la mujer la engendra en forma humana.

Fuera de la familia, como sibila y profetisa aparece primeramente la mujer en el orden social de los tiempos mas antiguos, y se recuerdan las profetisas hebreas, germanas y galas, las pitonisas griegas y latinas. En efecto, la inspiración de la mujer es eminentemente religiosa y poseída de idealidad; ya que, si ella queda, si debe quedar envuelta en el mundo real, es con la misión de transportar á él y hacer vivir allí al espíritu. Tal es en efecto su incansable inclinación, inclinación que se manifiesta hasta en los delirios de las orgías de Siva y de Baco.

Por una vía análoga, esto es, por la poesía, se hizo ilustre la primera mujer históricamente conocida, cuya gloria ha consagrado su nombre. Pero la noble existencia de Safo, esta primera aparición de una libre y potente personalidad de mujer que se produjo en el Occidente en el seno del mundo griego, no es un fenómeno excepcional, un hecho aislado. Despues de Safo, que probablemente fué precedida por otras cuyos nombres y obras han perecido, algunas mujeres griegas cultivaron la poesía con mas ó ménos distinción; entre las cuales hay nueve de quienes nos quedan fragmentos, y á las que la antigüedad habia elevado sobre las demas, fundiéndolas casi en un comun sentimiento de admiración y formando de ellas

como un coro de musas terrenales. Entre los poemas hechos en su honor, nos ofrece una elegante enumeración de ellas este epigrama de Antipatro de Tesalia:

« Á estas nutrió de cantos el florifero Helicon y la macedonia roca Pieria, doncellas de habla divina; Praxila, Miro, Anita, igual á Homero; Safo, honor de las Lesbias de larga cabellera; Erina y la noble Telésila, y tú, Corina, que osaste cantar la poderosa égida de Pálas, y Nosida, la del femenino acento, y Mirtida del hablar suave, artifices todas de inmortales versos. Las nueve Musas son hijas del vasto cielo: hijas de la tierra son estas nueve para eterna alegría de los hombres (1). »

Fácilmente se echa de ver, sin embargo, que esta lista se ha reducido á nueve, ni mas ni ménos, por concordar con el número de las Musas, con arreglo al prurito de los tiempos primitivos, sancionado por la filosofía de Pitágoras. Las nueve citadas por Antipatro, y de las cuales nombra algunas Meleagro en el proemio de su *Corona*, no son, pues, las únicas poetisas que alcanzaron celebridad en Grecia; y los nombres de otras se hallan esparcidos por los autores griegos, de donde cuidadosamente los sacaron Fabricio (2) y especialmente Oleario, y tales son Demófila, Megalóstrata y Clitágora (3).

Sería de interés, no solo romancesco, sino filosófico, el conocer la vida de estas mujeres, saber bajo cuáles condiciones se formó y desarrolló su genio, y qué modificaciones recibió su vida, por necesario resultado, del impulso de este genio y de la celebridad. Pero sobre tal punto no acertaría á ser satisfecha la curiosidad; los poetas antiguos eran *bocas στωματτα*; y bajo el canto que, de eco en eco propagado, llenaba el mundo, desaparecía el cantor. Véanse los antiguos poemas de la India, véanse los de la Grecia heroica, los de los Germanos, el Mahabarata, el Ramayana, la Iliada, la Odisea, los

(1) *Anthologia*, lib. I, c. 67.

(2) *Biblioth. græca*, t. II.

(3) Habría que añadir á Femone, sacerdotisa de Apolo, que inventó el verso exámetro, adoptado despues por Eumolpo, Orfeo y Lino. Véase Rizo-Nerulos, *Literatura griega moderna*